

ZONA
LIBRE

Confesiones de una *booktuber*

Esther M. García



ZONA
LIBRE

Confesiones
de una *booktuber*

Esther M. García



Confesiones de una *booktuber*

Esther M. García

PREMIO NACIONAL DE NOVELA JUVENIL

FeNaL - Norma 2018

 Norma

mx.edicionesnorma.com

Confesiones de una booktuber

D. R. © 2018, Esther M. García, por el texto

D. R. © 2018, Educa Inventia S. A. de C. V.,
para América Latina, Estados Unidos y Centroamérica

D. R. © Educa Inventia S. A. de C. V., 2018

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, colonia Acacias,
Benito Juárez, Ciudad de México,
C. P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: abril 2020

Coordinación editorial: Lizbeth Alvarado

Edición: Lorenza Estandía y Lucía Rosas Zambrano

Corrección de estilo: Laura Lecuona

Coordinación de diseño: Gustavo Rivas Romero

Diagramación: Sergio Salto Gutiérrez

Impreso en México - *Printed in Mexico*

SAP: 61091454

ISBN: 978-607-13-1003-3

*I am thinking of a fairy tale,
Cinder Elephant,
Sleeping Tubby,
Snow Weight,
where the princess is not
anorexic, wasp-waisted,
flinging herself down the stairs.*

Jane Yolen, *Fat is not a fairy tale*

*[Estoy imaginando un cuento de hadas,
Grasicienta,
la Llena Durmiente,
Gordinieves,
en la que la princesa no sea
una anoréxica con cintura de avispa
que baja corriendo las escaleras.*

Jane Yolen, *La gordura no es un cuento de hadas*

Cómo se hace una *booktuber*

Todo comenzó cuando le di clic a la opción *publicar* y mi primer video salió a la luz en la comunidad Booktube. Nunca tuve nada lindo en la vida. Salvo los kilos extra, todo parecía prohibido para mí: los chicos guapos, los vestidos entallados, una segunda porción en el plato o ser la *it girl* de la escuela.

Yo era la “gordita buena onda” o la “gordibuenaa”, la que no podía ser la principal en la trama, ni la segunda ni la tercera. Por razones de peso todos consideraban que yo debía mantenerme al margen, como si mi presencia incomodara o fuera un peligro para los demás.

Era una enorme ballena blanca, mi cuerpo era el enemigo principal. ¿De quién? De chica nunca lo comprendí. Mamá me decía que a las gordas no las quería nadie. Papá gruñía: “Ningún buen chico va a querer de esposa a una mujer obesa” y mi hermana remataba: “Si sigues comiendo así, te pondrás como un tamal”.

El tamal más bello de la creación, pensaba yo; el tamal más triste, el más relleno de una angustiada carne bien aderezada. Desde niña supe que mi lugar en el mundo tenía que ganármelo a base de dietas y productos *light*, pero ¿por qué?

Yo era algo más que una simple talla de ropa. Era una poeta, o al menos eso quería creer. Para no pensar en las lonjas de mi cuerpo ni en los problemas de salud que mamá decía que tendría, a diario escribía un par de versos sobre mi mundo, la gordura, pero me encontré frente a una enorme pared de cristal.

Nadie quiere sangre ni grasa en el verso. El verso tiene que ser limpio, esquelético, *total fitness*. El poema completo debe ser la alegoría perfecta de un ganador: personas felices, delgadas, juveniles, ¡ay!, hermosas. Nadie quiere al más feo de la fiesta, nadie baila con la chica con manchas en la piel. En una lectura, nadie quiere escuchar a una poeta gorda.

Había hecho un libro, más bien un tratado. Lo llamé *Fat poetry*. No, no estaba queriendo formar parte del realismo visceral y ser una *groupie* apestosa robamamotretos de Bolaño. No hay aquí ninguna aventura más que la búsqueda de la verdadera yo: Venus. Por eso intenté la poesía. Abrí un blog en el que de vez en cuando escribía. La melancolía me hizo escribir. Escribir y comer. A falta de amor, la grasa. A falta de alguien, la escritura.

El blog crecía cada día alimentado por mis palabras mientras mi cadera y mi panza aumentaban de volumen nutridas por el pollo frito y los tacos de carne asada. No podía rechazar la voluptuosidad de esa comida, creada para la actividad más sublime del mundo: comer.

¿Qué persona en el mundo podría resistirse al encanto de la grasa que se deshace en el paladar al degustar unas carnitas estilo Michoacán? Nadie, nadie en su sano juicio diría no a semejante manjar de los dioses. Yo nunca la rechazaba y no me sentía mal por eso. Me rompía el corazón escuchar a mamá decir “Venus, ¡cierra esa boca!”, o a mi padre en las reuniones familiares suplicar “¡Por el amor de Dios, muchacha, deja de comer!, ¿es que no te ves en el espejo?”.

Siempre me pregunté por qué las chicas gordas no podemos salir en anuncios de ropa, de cerveza, de toallas sanitarias. No había ningún cuerpo corpulento en el cine como actriz principal, a no ser que saliera en comedias ridículas o en el drama de una que sufre por ser gorda y al final se convierte en una chica guapa y delgada y alcanza la redención.

Yo no podía ser la Kim Kardashian de la literatura, ¿o sí? Mi obsesión no era adelgazar, sino brillar en lo que fuera a como diera lugar. En el Facebook muchas chicas de la prepa subían videos que se volvían virales. Algunas publicaban una foto y tenían trescientos likes. Yo publicaba una foto y tenía cuatro likes: el de Cora (mi

befa), la abuela, algún desconocido y el imperdible de mamá. Siempre, sin falla alguna, había un comentario despectivo de mi hermana: “Te ves bien gorda, gorda. Ja, ja”. Su comentario siempre terminaba con más likes que mi post o mi foto..., eso era lo que en verdad me fastidiaba.

Una vez se me ocurrió postear un poema. Mi hermana fue la primera en darme un “me entristece”, seguido del comentario: “Nadie lee, nadie quiere, nadie escucha a una poeta gorda. En vez de escribir, sigue una dieta y vete con Cora al gimnasio”. Leerlo me llenó de vergüenza. No tener más likes me hizo replantearme mi vocación de poeta. ¿En verdad alguien como yo podía escribir o hacer algo que valiera la pena?

A veces pensaba en las palabras de mi hermana en la cama o cuando iba al baño a lavarme los dientes y me veía en el espejo. Las pienso ahora que escribo estas confesiones y rememoro mis libros favoritos y las heroínas delgadas y hermosas que aparecen en las tapas: Ana Karenina, Madame Bovary, la Maga, Elizabeth Bennet, Jane Eyre o Sherezada, y pensaba si seguirían siendo las mismas y alguien las amaría si fueran obesas, si tuvieran los dedos como salchichas y una hermosa cintura de ballena a punto de reventar.

Como, luego existo

Sin comer no es posible la vida. Yo no podría vivir más de tres días sin haber comido una dona Krispy Kreme de chocolate rellena de crema pastelera. Su sabor y su textura recuerdan el éxtasis divino de la beata italiana Ludovica Albertoni. Hago la comparación porque en la clase de Artes vimos la escultura. Yo podría representar esa imagen, pero en vez de tener la mano sosteniendo la tela del hábito, estaría sosteniendo una deliciosa dona entre el delicado grosor de mis dedos.

“He venido de comulgar y estoy en éxtasis”. El verso es de un poeta cuyo nombre no recuerdo. Las palabras son muy *ad hoc* para lo que estuve comiendo: pozole. El pozole más DE-LI-CIO-SO que he probado en la vida: el de mi mamá, por supuesto. Al terminar el último sorbo de mi plato vino la epifanía, tuve la divina idea, la revelación de mi año: no era una poeta, pero podría ser una *booktuber*.

En el semestre había leído diez libros y escrito sus reseñas para la clase de Español. La maestra me elogiaba mucho: decía que tenía humor y precisión. Destacaba en el salón porque no hacía trampa con la tarea. Una vez el cincuenta por ciento de mi grupo llevó el mismo reporte del Rincón del Vago (sólo que con diferente tipo de letra), el treinta y cinco por ciento copió y pegó de Wikipedia y el quince por ciento hizo *copypaste* de Taringa.

Mi último reporte de lectura fue de un libro que me había regalado mi madre. Se llamaba *Biografía del hambre*, de una tal Nothomb que nunca entendí si era francesa, belga o japonesa. Todo un revoltijo la mujer, pero divertida en su forma de escribir. En mi libro había subrayado con amarillo: “El cerebro está constituido esencialmente por grasa. Los más nobles pensamientos humanos nacen en la grasa”. Alguien por fin me entendía. Otra persona aparte de mí sabía que para poder pensar coherentemente primero había que comer, ¡qué alegría! A partir de esa novela conseguí religiosamente los libros de esa autora. Leí tres y me di cuenta de que Nothomb tenía una filosofía contraria a la mía: para ella el hambre era el motor de las cosas, para mí lo era la saciedad.

En las portadas de sus libros está su fotografía: una mujer delgada de ojos enormes y labios pequeños. En realidad sólo muestran del busto a la cabeza, pero yo me la imaginaba delgada y eso me entristecía un poco,

hasta que eso me ayudó a dar con la idea principal de mis videos: ¿cómo sería ese mundo literario si el personaje o el narrador fueran obesos? ¿Serían igual de exitosos entre sus lectores? ¿Podría hacer un canal en YouTube y pasarme quince minutos hablando de un libro y haciendo esta comparación? Sonaba descabellado, así que decidí consultar con Cora.

Cora era mi mejor amiga desde la secundaria. Pasamos juntas nuestra etapa de cucarachas. Ser adolescente es lo más difícil del mundo, pero convertirse en mujer era la muerte, al menos en mi caso. Había tres cosas prohibidas en mi familia: la gordura, hablar de sexo y sangrar. El combo completo te convertía en el peor monstruo de todos: una mujer. “Una histérica”, decía mi papá. Mamá sólo me veía a los ojos, me ponía las dos manos huesudas en los hombros y entonaba un “Prepárate” bastante serio que sonaba a guerra.

En primero de secundaria yo era, junto con Cora, una de *Las tres Gracias* de Rubens. Nos bajó la regla el mismo día y nos exprimíamos los granitos o los puntos negros la una a la otra. Mi hermana, cuando nos veía hacer eso en el cuarto (que desgraciadamente compartíamos), nos decía que parecíamos dos changos buscándose los piojos. Cora se reía de las palabras de mi hermana; yo sólo deseaba ahorcarla.

Ahí donde mi hermana era el tufo de la enfermedad, Cora siempre fue mi remedio. Ella era más mi hermana

que mi verdadera hermana. No había nada en el mundo que no le confiara a Cora o de lo que no pidiera su opinión. Sin ella las cosas no eran lo mismo. Cuando pensé en hacer el video y crear el canal, rápidamente le mandé un *whats*, que dejó media hora en “visto”. Odiaba cuando hacía eso. No tener su atención me malviajaba por completo, hasta que de pronto aparecían las letritas “escribiendo”, luego los odiosos tres puntos y un silencio. Por fin Cora contestó: “¡De lujo, vamos a armarlo!”.